

# RECENSIONES

TEGGART - COHEN - MANDELBAUM: *La causalidad en la Historia*.  
Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1959, 117 págs.

La noción de causalidad, de tan rancio abolengo en el pensamiento filosófico y científico, mantiene su vigencia como pieza clave de toda teoría del conocimiento. Aunque no falten en la actualidad tenaces e ilustres negadores de la misma —aun desprovista de todo fondo metafísico—, lo cierto es que la mayor parte de los investigadores y teóricos de la ciencia reconocen «la exigencia radical de causalidad, que se encuentra en el origen de la ciencia y en la base de su método».

La teoría del saber histórico, también envuelve esta noción como uno de sus componentes decisivos. Empero, algunos de los más destacados teóricos del conocimiento histórico, en su empeño por establecer claramente la autonomía de la Historia con respecto al conocimiento científico-natural, proscribieron de la misma toda investigación de causalidad. Jugaba aquí, sin duda, la confusión de causalidad con legalidad y determinismo, propia del pensamiento decimonónico, que estudios recientes se han encargado de desvanecer. Pero lo cierto es que en amplios sectores del pensamiento histórico se venía demostrando una cierta desconfianza ante la noción de causalidad, reduciendo así —teóricamente y en evidente contradicción con la manera efectiva de hacer Historia— el acontecer histórico a una danza espectral de hechos aislados y privados de sentido.

Sin embargo, no puede sostenerse en modo alguno que el concepto de causalidad se haya visto desterrado absolutamente del pensamiento histórico; bien al contrario, podríamos citar aquí a muchos e ilustres pensadores que han defendido de una u otra forma su aplicabilidad en el campo de la Historia. Ahora bien, quizá nunca se haya insistido con tanta radicalidad y vigor sobre este punto, como en la presente obra, que integran tres trabajos de F. J. Teggart, Morris R. Cohen y M. Mandelbaum, cuyo

prestigio intelectual está sólidamente afirmado. Aunque publicados en 1942, su traducción nos parece un acierto, pues las reflexiones de los tres ilustres maestros sobre el problema mantienen toda su vigencia. Por encima de sus diferencias, los tres estudios concuerdan en afirmar la absoluta necesidad de establecer relaciones causales entre los hechos históricos.

Encabeza el volumen el trabajo de F. J. Teggart «La causación en los hechos históricos». El autor, poniendo como ejemplo los resultados alcanzados, utilizando el método comparativo, en su obra *Rome and Chine* sostiene que el concepto de correlación no sustituye a la investigación de la causación, a la que el historiador debe aplicarse, no obstante la extraordinaria dificultad que el autor reconoce a esta empresa.

A conclusiones parecidas llega en su profundo estudio Morris R. Cohen, el eminente autor de *Razón y Naturaleza*. Primeramente considera Cohen el problema de la causalidad en general, estudiándolo después en su aplicación particular al campo de la Historia. Comienza estableciendo claramente la diferencia entre la mera sucesión temporal y la causación que, a diferencia de aquélla, implica una «suma de condiciones necesarias y suficientes para la ocurrencia de cualquier hecho»; supone, pues, un elemento de necesidad, aunque condicional, ya que ningún hecho es cierto por sí mismo, sino sólo conectado con otros hechos. Advierte una gran dificultad en la investigación causal de los hechos históricos, dado el gran número de factores que intervienen en la gestación de cualquiera de ellos, si bien el problema puede obviarse, en cierto modo, para Cohen, en toda obra histórica rigurosa, la investigación de la causalidad ha de presidir como un ideal necesario.

El brillante ensayo de M. Mandelbaum *El análisis causal en la Historia* insiste también en la necesidad de la investigación de los vínculos causales en el campo de la Historia. Contraria a esta actitud se muestra la teoría historiográfica «humanista», que propugna el abandono de la noción de causa, por considerarla únicamente aplicable en el campo de la ciencia físico-natural; asimismo se encuentra en algunos representantes de aquella dirección la creencia en la absoluta unicidad de los hechos históricos, por contraste con la generalidad de los de la Física. Muy acertadamente se opone Mandelbaum a esta separación radical, negan-

do que pueda establecerse una distinción absoluta entre los fines del científico y los del historiador.

Analiza después la posición del relativismo histórico que, si bien no desprecia absolutamente el concepto de causalidad en el ámbito de la Historia, sostiene que el análisis causal no aprehende relaciones reales entre los hechos, sino que es un mero producto de la interpretación del historiador, socialmente condicionada, sin un correlato en la realidad. Pero, como afirma el autor, la interpretación no es una cuestión meramente «subjetiva», ya que «los hechos piden una interpretación que les sea adecuada».

Frente a tales concepciones Mandelbaum afirma rotundamente la necesidad de establecer conexiones causales entre los hechos históricos, hasta tal punto que, en su opinión, es precisamente el análisis causal el factor más decisivo para separar a la Historia de la mera crónica. Y si bien estas atribuciones causales no pueden ser comprobadas con el mismo rigor que en la investigación científico-natural, ni tienen su misma garantía, no obstante es posible una cierta comprobación ya que «la validez de las hipótesis utilizadas para interpretar las conexiones entre acontecimientos quedará probada por la plausibilidad de las narraciones a que den lugar».

En conjunto, los trabajos de los tres profesores americanos ofrecen el mayor interés para la teoría del conocimiento histórico, no siempre beneficiada con aportaciones de tan alta calidad.

ANTONIO GIMENO

MAC IVER, R. M., y PAGE, Charles H.: *Sociología*. Ed. Tecnos. S. A., Madrid, 1960, 693 págs.

Este libro, escriben los autores en el preámbulo, va dirigido a aquellos que se inician en el estudio de *la sociedad*, por la que entienden una red de relaciones «sociales». Vista desde esta perspectiva, la *Sociología* de Mac Iver y Charles H. Page se sitúa en la dirección «relacionista» que es típica de las escuelas norteamericanas. No se confunde con la Psicología social, que es una rama de la Psicología referente a cómo los individuos reaccionan frente a sus condiciones sociales. La Sociología, desde el ángulo americano, pretende estudiar las relaciones sociales en sí mismas.

El libro empieza haciéndose cuestión de la terminología corrientemente empleada, restituyendo a su precisión las «grandes palabras» de la Sociología que, debido al abuso que han hecho de ellas los propagandistas y oradores, han alcanzado un alto nivel de uso y un bajo nivel de significado. Por supuesto, el lenguaje de la Sociología es *abstracto*, y de ahí la necesidad de adoptar la costumbre de significar siempre lo mismo al usar esa terminología, con lo que se conseguirá dominar uno de los instrumentos esenciales para el análisis sociológico.

La primera pregunta que se plantean los autores es ésta: «¿Qué entendemos por sociedad?» Es una pregunta a la que no les será fácil responder, por el hecho de que no es la sociedad el objeto que esté más a la mano, ni el más inmediato, ni el más concreto, ni el más fácil de observar. Tomando prestada a F. H. Giddings la expresión, se afirma que la sociedad se asienta sobre la «*consciousness of kind*» (que el traductor ha vertido al castellano por «conciencia de semejanza»): la idea básica de semejanza que el hombre primitivo identificaba con el parentesco todavía subsiste, aunque ampliada a un principio de unión como es el de nacionalidad. Pero la vida en común depende tanto de la semejanza como de la diferencia, las relaciones sociales son tanto de dar como de tomar y, en definitiva, el nacimiento del hombre en sociedad le conduce a la absoluta necesidad de la sociedad misma.

Después se examina el término «comunidad», dentro del cual puede mantenerse toda la relación social de una persona. La comunidad viene caracterizada por la situación geográfica y el sentimiento de vida en común. Dentro de la comunidad aparece la asociación. La familia en algunas sociedades primitivas rurales tenía carácter comunal. En la sociedad moderna lo tiene asociativo. El Estado también es una asociación, aun cuando puede asumir una forma «totalitaria» que controle a la comunidad toda. Las formas que adoptan las asociaciones se llaman instituciones, que acostumbran a estudiarse de acuerdo con el método histórico, el comparativo o analizando las interrelaciones funcionales. Lo que caracteriza a las asociaciones es el determinado interés que persiguen. Así los autores trazan un diagrama muy práctico para los fines escolares que el libro se propone, donde se ponen varios casos de asociaciones y se trazan las instituciones que acogen y los intereses que las caracterizan: la asociación «familia»

posee el matrimonio, el hogar, el patrimonio, como «instituciones», y el sexo, hogar y linaje como «intereses». La palabra «institución» subraya el factor impersonal en las relaciones sociales, mientras que al hablar de costumbres pensamos en las formas aceptadas en que la gente hace las cosas conjuntamente. Pero estos conceptos se confunden con el de «uso», que W. G. Sumner llama *folkway* y *mores*, que en general pueden traducirse al castellano como «modos de conducta» que implican una cierta coacción y un cierto control.

Lo que es importante es hacer ver que las *mores* siempre son consideradas como *justas* por el grupo que las comparte y son, generalmente, factores de tendencia conservadora, que se mantienen porque vienen a ser una experiencia transformada y estereotipada dentro de las tradiciones, falseada por los intereses dominantes y fortalecida por el temor y aversión a lo desconocido.

En el capítulo referente a los intereses y a las actitudes, Mac Iver y Page adoptan un enfoque psicológico y clasifican las actitudes en disociativas, restrictivas y asociativas. Estas tres formas se dan tanto en aquellas actitudes que implican un sentido actual de inferioridad en el sujeto respecto al objeto de la actitud, como en aquellas que implican superioridad como neutralidad. Una parte considerable de la literatura sociológica se consagra a la cuestión de si las actitudes se pueden medir y de qué modo. Los autores del libro se muestran escépticos sobre los resultados que se puedan obtener. Como actitudes típicas se destacan las de aversión, que dan lugar a los conflictos activos: una parte de la técnica de estímulo de los intereses comunes está constituida por el hecho de presentarlos como amenazados por los intereses opuestos y procurando reunir todos los prejuicios posibles en apoyo del *in-group*. Así el Ku-Kux-Klan pretende hacer ver a negros, judíos y católicos empeñados en una vasta conspiración contra los ideales del «verdadero americano» y cuando los gobernantes autocráticos temen el estallido de disensiones internas procuran apartar la atención de sí mismos señalando la existencia de una «amenaza» dentro de la nación o fuera de ella.

Los principales códigos sociales están determinados por la religión y la moral social, la costumbre, la ley y la moda, que actúan bajo otras determinantes: las que derivan del medio ambiente. Este ajuste o adaptación al medio ambiente se efectúa

en tres niveles: físico, biológico, social. A la vez, el medio ambiente es, en parte, obra de los hombres. Ese medio ambiente creado por los hombres posee un doble carácter: uno externo (encierra lo que algunos antropólogos llaman «cultura material»), otro interno o *herencia social*.

Más adelante los autores del tratado pasan revista a los deterministas que han caracterizado la escuela geográfica de la Sociología, que en España acostumbra a denominarse *Geografía humana*, siguiendo la terminología francesa. Se estudian los elementos asociativos y disociativos de la comunidad, los contrastes que se dan, y se dedica un capítulo a revisar los contrastes entre campo y ciudad. No son éstas las páginas más brillantes del libro. Revisten más interés los capítulos dedicados a la estratificación social, donde se hace un esfuerzo por aclarar las ideas sobre lo que sea *clase social*, "*status*" *social*, *casta*, examinando con luz científica los gravísimos problemas raciales. Aquí se hace necesario citar a los autores marxistas, y los autores terminan afirmando que el sistema marxista, todo lo significativo que se quiera políticamente, revela su imperfección como interpretación de los hechos sociales y sostienen la teoría que, en el mundo moderno, las facilidades en las comunicaciones han incrementado la homogeneidad de las clases. Dado que la sociedad (es de suponer que los autores están pensando en la americana) es «de clase abierta», la mayoría de las influencias culturales se irradian a partir de unos grupos con prestigio; pero la sociedad entera tiende a fermentar bajo su influjo. Los esfuerzos de los que llaman «abogados del marxismo» para distinguir una cultura «burguesa» y otra «proletaria» —en sus aspectos musical, artístico, dramático, literario e incluso en las ciencias físicas—, afirman Mac Iver y Page, «pueden ser una propaganda más o menos eficaz, pero no es posible considerarlos como una interpretación objetiva». En efecto, esa propaganda para distinguir dos culturas, si existiera, no serviría de interpretación válida de la estratificación social. Pero ocurre que la literatura y las obras de pensamiento marxista (otra cosa son los panfletos de propaganda de los partidos comunistas) han hecho ver que lo que se venía llamando la cultura de una época era justamente la cultura de la clase dominante en aquellos momentos. Esto es, distinción entre la clase dominante en posesión de una cultura y clase dominada desposeída de la misma. Más que de dos culturas, se trata, en la visión marxista, de

una cultura apropiada, una cultura de clase: toda cultura es cultura de una clase y, entiéndase, de una clase que ha llegado al poder. Tales distinciones, no demasiado sutiles, no se encuentran en la Sociología de Mac Iver y Page; pero que tan brillante y agudamente trató otro sociólogo americano, Veblen, en su clásica obra *Teoría de la clase ociosa*.

Los autores se muestran mucho más informados cuando tratan del problema de las minorías raciales, especialmente en los Estados Unidos. Hacen resaltar que en las comunidades meridionales de los Estados Unidos el blanco de la clase baja, económicamente inseguro, menos educado que los blancos de clase media y alta, no muy bien integrado en la vida comunitaria y con una posición de clase no tan alta como algunos de los negros, es a menudo, el más extremo defensor de la «supremacía del blanco». Se pasa revista al tratamiento infligido a pequeños grupos raciales, como el de los chinos, que de 100.000 en 1890 pasaron a menos de 80.000 en la actualidad, y «que han sido objeto de grandes brutalidades» y la discriminación más extrema. Los japoneses, que en 1941 sumaban 125.000 y se encontraban severamente limitados por las Alien Land Acts. Una situación similar es la de los tres millones de individuos de habla española, formados en su mayoría por mejicanos del Sudoeste. Tienen *status* teórico de blancos, pero no gozan de sus privilegios. Así ocurre con los filipinos, portorriqueños, isleños de las Vírgenes y los indios (hoy no pasan del 1 por 100 de la población americana).

Finalmente, la Sociología de Mac Iver y Page pasa a ocuparse de *la multitud, la comunicación en la masa, el rebaño, los vínculos de tipo imitativo*, hechos observables perfectamente en épocas críticas, de pánico colectivo, y en otras manifestaciones epidémicas.

La obra termina con un estudio de las formas del proceso de transformación social y los factores tecnológicos de la transformación social, citando especialmente las obras de Max-Weber y Thorstein Veblen.

JUAN CASTELLÁ GASSOL

TOUCHARD, Jean, y otros: *Histoire des idées politiques*, tomo I: *Des origines au XVIII<sup>e</sup> siècle*; tomo II: *Du XVIII<sup>e</sup> siècle à nos jours*. París, 1959; P. U. F., XI-V-865-IV págs.

MOEBUS, Gerhard: *Die politischen Theorien von den Anfängen bis zu Machiavelli*. Politische Theorien, Teil I.

— — *Die politischen Theorien von Bodin bis zur Französischen Revolution*. Politische Theorien. Teil II.

GABLENTZ, O. H. v. d.: *Die politischen Theorien seit der Französischen Revolution*. Politische Theorien. Teil III.

Köln-Opladen, 1957-1958; Westdeutscher Verlag, tomos VII, VIII, IX de la serie «Die Wissenschaft von der Politik».

CALMON, P.: *Historia de las ideas políticas*. Buenos Aires, 1957; El Ateneo, 367 págs.

THEIMER, W.: *Historia de las ideas políticas*. Caracas-Barcelona, 1960; Ariel, 549 págs.

Los orígenes de la definición del *espíritu europeo* y, en último término, del concepto de la *civilización occidental*, radican en la ciencia griega. De ella emanan las corrientes que en determinadas épocas llevaron al hombre a la decadencia y, de ésta, hacia un nuevo auge en el pensamiento que al fin y al cabo contribuyó a la superación de tantas crisis cuantas se habían producido por la desmesurabilidad de lo racional-especulativo del genio clásico. Si admitimos que los grandes pensadores aparecieron cuando Europa se hallaba en crisis o experimentaba transformaciones radicales dentro de su fundamentación estructural, deberíamos esperanzarnos de que surgieran —de un momento a otro— también en la actualidad pensadores capaces de provocar con sus ideas el renacimiento de una vitalidad crítica al servicio de un nuevo florecimiento de nuestro modo existencial. Sin embargo, la realidad no responde a los anhelos de nuestro subconsciente y nuestro espíritu sigue desarticulado por la atomización del hombre, la industrialización y la colectivización de los medios subsis-

tenciales. A ello se une el hecho de que todos los campos de la actividad intelectual fueron abordados ya sobradamente por los pensadores en el pasado. Más que descubrir será preciso revalorizar las normas que rigen la vida social, de acuerdo con los postulados requeridos por el equilibrio entre la fe y la razón, ya que ni la Totalidad puede fundar su existencia en virtud de una destrucción de los valores individuales, ni el Individuo tiene el derecho a aspirar a una desaparición de las entidades en cuyo seno se verifica y justifica el autohacerse de su personalidad. Por consiguiente, es comprensible que aparezcan obras que intenten remover una vez más el fondo del camino seguido por el hombre desde la Antigüedad hasta nuestros días en el sector tanto político como social de su existencia intelectual y la presencia subsistencial. Remover el fondo a fin de encontrar las causas de la crisis actual, y proceder a la revisión de los criterios referentes al contenido existencial del ser humano para vencer el peligro en que vivimos por la separación entre lo natural y lo sobrenatural.

La *Historia de las ideas políticas* es obra colectiva de Jean Touchard, Louis Bodin, Pierre Jeannin, Georges Lavau y Jean Sirinelli. Pertenece a los «Manuales» jurídicos, económicos y políticos de la colección *Thémis*, dirigida por Maurice Duverger. Comprende el pensamiento político clásico desde la ciudad griega hasta los últimos años del siglo XX, que se caracterizan por las meditaciones sobre la decadencia y los intentos de renovación. Termina con una breve exposición sobre los nuevos movimientos nacionalistas, de los cuales es todavía prematuro deducir si van a provocar nacimiento de regímenes dictatoriales al estilo clásico o podrían vivificar las democracias tradicionales en el sentido de que se llegase a un nuevo tipo de democracia. Es de suponer, a este respecto, que pudiera darse una democracia autoritaria con matices muy sociales y muy cristianos, con lo cual se facilitaría entrada también a las aspiraciones que insisten en el regreso o el establecimiento de los regímenes monárquicos.

Como indica el título —y los autores lo han tenido muy en cuenta— se trata de la *Historia* en la exposición de las ideas políticas. Es decir, la parte doctrinal está incluida en los estudios históricos implícitamente, ya que *L'histoire des doctrines fait partie de l'histoire des idées*, dice Touchard.

El libro difiere de los habituales tratados sobre el tema por ser la historia de las ideas políticas dentro de la historia de las insti-

tuciones, las sociedades, los hechos y las doctrinas económicas, la filosofía y las religiones, teniendo su sitio incluso la historia de las literaturas. Con ello adquieren las ideas políticas el signo de factor integrante de la historia general. Aunque el sistema obliga al lector a seguir el método pedagógico utilizado por los autores, le queda un enorme campo de libertad para efectuar sus propias investigaciones comprobatorias e interpretativas. En esta tarea le ayuda la parte referencial que consiste en la selección de una bibliografía internacional casi detallada a continuación de cada capítulo. Las obras indicadas están acompañadas de un breve juicio sobre la importancia orientadora de cada una.

A diferencia de la obra francesa, las *Teorías políticas*, de los profesores Moebus y Gablentz prestan mayor atención al estudio de las *doctrinas* de los pensadores más importantes desde la antigüedad hasta Sun Yat Sen y Mahatma Gandhi. Se prescinde de las disciplinas auxiliares, limitándose a la reproducción —en forma abreviada— de los pasajes de los textos políticos en donde gravita el núcleo doctrinal del pensador en cuestión. Consta de una feliz sistematización de las doctrinas por épocas y dentro de éstas, por autores. Con una adecuada exposición histórica —que precede a la selección de los textos al principio de cada tomo— se familiariza al lector con el ambiente político-social de las épocas en estudio donde subyacen las fuerzas que originaron trastornos en el pensamiento hasta entonces tradicional, y dieron lugar al nacimiento de nuevas ideas que, por su parte, condicionaron el ulterior proceso de cristalización entre lo racional y lo irracional. De esta manera se mantiene la continuidad en el desarrollo del pensamiento del *Abendland* sin que se tomase en especial consideración la historia del mismo. Por lo tanto, la seguridad en la utilización de la obra requiere un previo conocimiento de los problemas adherentes a la ciencia política. En esta relación, la ampliación temática viene realizada en el índice, a la vez, biográfico y bibliográfico de los autores tratados.

Tomando las dos obras conjuntamente, éstas se completan hasta el punto de resultar mucho más útiles sirviéndose de ellas inseparablemente que si se maneja sólo una de ellas. Concretamente, si la *Histoire des idées politiques* es de carácter netamente formativo, *Die politischen Theorien* precisan la previa presencia de la primera, ya que su campo científico queda reducido al estudio de cuestiones bien definidas, no sólo dentro de una determinada

época, sino también en cuanto se refiere al pensamiento del autor, cuyas características responden a las exigencias conceptuales de un momento histórico dado. Por tanto, es lógico que los autores franceses persigan un orden cronológico mientras los alemanes procedan a una ordenación sistemática, tanto en la presentación de las doctrinas como en la selección de las fuentes bibliográficas.

Respecto a la extensión geográfica de los temas tratados, los dos libros concuerdan —en líneas generales— en tratar de las ideas y doctrinas políticas principalmente de Francia y Alemania. Siguen pensadores ingleses, no tantos italianos, españoles y norteamericanos. Sin embargo, aparte del problema del comunismo, las *Teorías políticas* conceden un sitio considerable también a los textos políticos de Kirejewski, Dostojewski y Danilewski, con lo cual se establece la relación del pensamiento de la Rusia del siglo XIX con la actitud y realidad soviética, especialmente desde el punto de vista de las constantes ideológicas rusas hacia Europa y Occidente. No menos importante es la atención que el profesor Gablentz presta a las teorías de Sun Yat Sen en China, de Gandhi en India, las encíclicas *Rerum Novarum*, *Quadragesimo Anno*, y las conclusiones de la Asamblea General del Consejo Mundial de las Iglesias, celebrada en 1948 en Amsterdam.

En último término, ambas obras coinciden en que su finalidad reside en el presupuesto de servir como fundamento para trabajos propios, formativos o científicos. Ofrecen un excelente cuadro de material para conocer el pasado a fin de comprender la actual crisis en nuestro pensamiento político, social y jurídico. Dadas estas condiciones es natural que son en primer plano los estudiantes universitarios a quienes se dirigen los autores de los dos países.

En cuanto al libro de Pedro Calmon, se trata de la versión española de la *Historia das idéias Políticas* (Río de Janeiro-Sao Paulo, 1952, Freitas Bastos, 480 págs.), reseñada ya en el número 70, julio-agosto de 1953, de esta REVISTA, págs. 200-201.

Puesto que la traducción hecha por Raúl Navarro responde a la edición original en portugués, nos remitimos al juicio de E. T. G., según el cual el libro del Rector de la Universidad de Brasil es sumamente personal.

En efecto, la *Historia de las ideas políticas* obedece más a una exteriorización de la personalidad extraordinariamente dinámica

y original del autor que a una exposición histórica de las ideas o doctrinas políticas. Desde los horizontes de su profunda inteligencia personal, Pedro Calmon hace una síntesis de la controversia universal a través de diferentes manifestaciones intelectuales del hombre que caracterizan el pensamiento europeo y occidental desde la antigüedad hasta hoy en la problemática social. Con ello persigue el fin de establecer el hilo de coherencia ideológica en la evolución de nuestra civilización marcada por las teorías del Poder que todas provienen de una «fundamental divergencia» entre el Estado como organismo y el Estado como mecanismo.

Es una obra muy sugestiva, ya que despierta en el lector la necesidad de una propia «Auseinandersetzung» con las controversias que representan los fundamentos mismos de la civilización occidental.

Finalmente, la *Historia de las ideas políticas*, de Walter Theimer, es la versión castellana de la *Geschichte der politischen Ideen* (Berna, 1955, Francke Verlag), preparada por J. L. Lacruz Berdejo, catedrático en la Facultad de Derecho de la Universidad de Zaragoza. Forma parte de la serie de publicaciones del Seminario de Derecho Político de la Universidad de Barcelona, bajo la dirección del joven y dinámico profesor M. Jiménez de Parga.

Moviéndose dentro de un prudente liberalismo, W. Theimer actualiza el fondo histórico del pensamiento político del Occidente, en el cual la revalorización de lo Social de la persona humana, desde los clásicos Platón y Aristóteles hasta el moderno totalitarismo, representa el *leitmotiv* realizado con un singular acierto a través de la obra. Al igual se indican los instrumentos para reconciliar lo racional y lo irracional en la política, pretendiendo devolver al hombre la fe en sí mismo y, por lo tanto, en el progreso. En definitiva, lo que le preocupa al autor es encontrar y acentuar lo Sustancial de los problemas que desde los tiempos de la Hélade clásica siguen siendo los mismos, a fin de superar la actual crisis del hombre en que se halla como ser racional, esencialmente social y político, y moralmente libre. Si la sociedad es un medio natural para que cada persona pueda servirse de él en la consecución de sus fines legalmente condicionados por su sociabilidad, toda sociedad, y no en menor grado el Estado, ha de verificarse en el servicio al hombre.

Los que conocen la obra de Sabine (*A History of Political*

#### RECENSIONES

*Theory*, Nueva York, 1937), comprobarán con la lectura de la presente obra que los dos autores coinciden en muchos aspectos en cuanto al método y las ideas expuestas. La excelente traducción de Lacruz Berdejo y la acomodación de la bibliografía para el lector de habla española completan la actualidad del libro desde el punto de vista tanto histórico como científico.

S. GLEJDURA

